

Los franceses de Saint-Domingue en el cinturón cafetalero de Santiago de Cuba (1790-1815)

Alain Yacou



LOS FRANCESES DE SAINT-DOMINGUE EN EL CINTURÓN CAFETALERO DE SANTIAGO DE CUBA (1790-1815)

*Alain Yacou**

Más allá de estructuras institucionales, las colonias francesas del Caribe insular constituyeron, en primer lugar, una "société d'habitation" (sociedad de plantaciones) como acertó a decir Jacques Petit Jean Roget.¹ Sin embargo, lo que caracterizó al propio tiempo a las colonias españolas de este mismo Caribe fue la relevancia del mundo urbano en la mayor parte del vasto imperio hispano-americano.² Creemos que no es preciso insistir en la evidente primacía de la ciudad en la América hispánica, insular o continental, y sobre su función ideológica y política: en frase de Bernard Lavallé, la ciudad fue la afirmación constante, obsesiva, de la hispanidad.³

Por el contrario, el campo, o sea, las inmensas regiones que se hallan entre las ciudades españolas del Nuevo Mundo, se considera desde el principio como **hinterland**. No será ocioso recordar al respecto que dicho **hinterland**, constituido por enormes extensiones montuosas, selvas vírgenes, sabanas o mangles, fue refugio y santuario de negros cimarrones e indios rebeldes. Pero aún cuando dicho espacio interior será conquistado por lo que podemos muy bien llamar con Guillermo Céspedes del Castillo "sociedades rurales de tipo europeo",⁴ a saber, haciendas y plantaciones —según las sutiles definiciones y distinciones de Eric Wolf y Sidney Mintz—⁵ siguieron marginadas extensas zonas calificadas aún

* Profesor Universidad de las Antillas y de la Guyane.

¹ *La société d'habitation à la Martinique, un demi-siècle de formation (1635-1685)*, tesis de Doctorado de Estado de Letras y Ciencias Humanas, Universidad de París, VII, marzo 1978, 2 t. (véase t.2, pp. 1472-1475).

² J.H. Parry. *El imperio español de Ultramar*, Madrid 1970, p. 75.

José María Ots Capdequi, *Instituciones*, Barcelona-Madrid, 1952, p. 268.

³ "Les ambiguïtés de l'identité créole dans le Pérou colonial", XVIII Congreso de la Sociedad de Hispanistas de Francia, Perpignan, 1982.

⁴ En *Historia de América*, t. VI, "América Hispánica", 1492-1898, Barcelona, 1983, p. 216.

⁵ "Haciendas y Plantaciones en Meso América y las Antillas", en *Hacienda, Latifundios y plantaciones en América Latina*, México 1975, pp. 493-529.

como "despoblados" según la terminología administrativa al uso en Cuba al inicio del siglo XIX: despoblados en el sentido de regiones no pobladas por blancos.

Como bien se sabe, esta dicotomía se acentuará en el período postcolonial ya que, bajo la pluma de insignes intelectuales criollos, tales como Sarmiento o Alberdi, embriagados de filosofía positivista, la ciudad será el símbolo mismo de la *Civilización* y el campo el de la *Barbarie*. Ahora bien, tratándose de las islas hispanocaribeñas, nos ha parecido interesante observar, tomando como ejemplo la ciudad de Santiago de Cuba y su región, cómo esta estructuración del espacio en dos mundos se altera con el impacto de los acontecimientos que han marcado toda el área del Caribe a finales del siglo XVIII y a principios del XIX. Estos acontecimientos son los que conoce desde 1790 la colonia vecina de Saint-Domingue francés cuando comienza lo que podemos muy bien llamar la revolución negra de Haití.

Desde el inicio de los disturbios ocurridos en la colonia de Saint-Domingue francés, y hasta la cumplida liberación de los negros rebeldes, forjadores que fueron de su propia libertad, la isla de Cuba y especialmente su región oriental fue el refugio obligado para los supervivientes de la tormenta, quienes llegan por oleadas cada día más importantes. A finales del año 1803 y principios de 1804, los mayores contingentes se hallan en la ciudad de Santiago, tal como lo demuestran los documentos que se conservan. Con fecha del 31 de diciembre de 1803, la correspondencia administrativa nos señala que 18.213 personas de condiciones diversas habían llegado a la ciudad en calidad de refugiados.⁶

Obvio es decir que, por su número y su instalación apresurada o precaria en una ciudad de dimensiones modestas, los refugiados de Saint-Domingue iban a trastornar la rutina administrativa y a plantear desde el principio ciertos problemas, especialmente de tipo jurídico y socio-económico. Son numerosos los estudios que recaen en el tema de los aportes socio-culturales de los franceses a esta ciudad de Santiago.⁷ Por ello, nuestra intención consiste más bien en mostrar cómo el espacio rural que por el este, el norte y el oeste rodea la ciudad, fue invadido por el excedente de población emigrada al que la ciudad no podía absorber, o que no encontraba en ella su área natural de expresión social, cultural y económica. En otros términos, quisiéramos centrar el interés en el papel que desempeñaron los pioneros franceses en la transformación del espacio rural santiaguero y en el reajuste de las relaciones entre ciudad y campo en esta región.

⁶ Hemos consagrado un estudio a este asunto: A. Yacou, *L'émigration à Cuba des colons Français de Saint-Domingue au cours de la révolution*, Tesis de Doctorado de estudios hispanoamericanos, Bordeaux, 1975.

⁷ Remitimos al lector a nuestro artículo: A. Yacou, "Santiago de Cuba à l'heure de la révolution de Saint-Domingue", 1790-1804, en *La ville en Amérique espagnole coloniale*, Universidad de la Sorbonne Nouvelle, Paris III, 1984, Actas del 1er coloquio, 4 y 5 de junio 1982, del seminario interuniversitario sobre la América española colonial.

1- La transformación del espacio rural santiaguero.

En el seno de esta comunidad de emigrados franceses eran numerosos los que habían sido “agricultores” en Saint-Domingue, como se decía en Cuba, es decir, propietarios, administradores o mayoresales de plantaciones. Desde el inicio de los disturbios en Saint-Domingue, algunos habían sido atraídos a Cuba tanto por rumores que les llegaban acerca de concesiones de tierras como por las descripciones ventajosas que se hacían de la isla, la fertilidad de su suelo y la abundancia de sus recursos apenas explotados... Además, el éxito a veces inesperado y a menudo excepcional de los primeros emigrados, en los 1790's —los cuales se beneficiaron, por ser en su mayoría hispanófilos, de apoyos políticos— contribuyó ampliamente a propagar en Saint-Domingue la idea de una fortuna asegurada en las fértiles tierras de la gran isla, alentando las esperanzas más desmedidas.⁸

Dichas esperanzas se fundamentaban, sin embargo, en un acabado complejo de realidades jurídico-económicas y, en primer lugar, en la afirmación en tierra hispano-americana del principio según el cual la propiedad privada de la tierra debía llenar una función de promoción social y de desarrollo económico.⁹ Es así como, desde 1777, la Corona española había emprendido una amplia encuesta destinada a poner en limpio los regímenes sobre bienes raíces y las estructuras agrarias en la parte oriental de la isla de Cuba. Se trataba de establecer la cuenta exacta de las tierras “realengas” —consideradas como vacías— y de instituir un reparto mejor y más equitativo de éstas en todo el Este cubano, de Baracoa a Manzanillo, de Nipe a El Caney.¹⁰

Más allá del evidente interés fiscal de la Corona, que muy bien pudo compararse con consideraciones sociales, vemos surgir en esta campaña orquestada de adjudicación de tierras “realengas”, la imperiosa necesidad, política y económica a la vez, de poblar las vastas regiones desérticas del Oriente cubano: la indicada encuesta precedía a un proyecto oficial de colonización de la zona de Guantánamo confiado al flamante conde de Mopox y Jaruco en 1797. Proyecto tardío y sin futuro, por otra parte, que bien pudiera dar lugar a una estrepitosa estafa que hubiera enredado al mismo Godoy.¹¹

No obstante, esta necesidad de colonizar la parte oriental de Cuba no escapa a la sagacidad de los criollos ilustrados que contemplan con temor “el incendio

⁸ Archivo Nacional de Cuba (A.N.C.), Asuntos Políticos, leg. 4, no. 35, (vea correspondencia de M. de Vaumeuf al Gobernador de Santiago de Cuba, Jérémie Iro nov. 1791). Vea igualmente *une correspondance familiale au temps des troubles à Saint-Domingue*, Lettre du Marquis et de la Marquise de Rouvray à leur fille. Saint-Domingue, Estados Unidos, 1791-1796, Paris, 1955, pp. 30-31 et p. 33.

⁹ J.M. Ots Capdequi, *op. cit.* p. 165.

¹⁰ A.N.C. Realengo, leg. 75, núm. 13.

¹¹ Véase a Nancy Morejón y Carmen Gonce, *Lengua de pájaro*, La Habana, 1971, p. 56 (fragmentos de una carta enviada por el Conde de Jaruco a Arango y Parreño en 1795).

de Saint-Domingue”, como lo llamaban. Aquí merece señalarse como el habanero Arango y Parreño, al volver de una misión de negociación y de espionaje en la colonia vecina, en julio de 1803, propuso que se concedieran tierras, en la región oriental, a los colonos franceses que no tardarían en afluir a Cuba. Suyas son estas palabras:

Abramos los brazos y demos de balde tierras a los que quieren establecer en Baracoa, Holguín y Santiago (...) y si en ella (la región oriental) concedemos por quince años libertad de alcabalas y diezmos, poco se tardará en lograr lo que deseamos.

Nada hay que temer de los colonos franceses que sólo se acuerdan de la miseria y desgracias que les produjo con los negros su espíritu revolucionario y su crueldad. Pienso, por lo contrario, que instruidos por la experiencia nadie sabía apreciar ni defender con más bríos las ventajas del orden y la subordinación.¹²

En realidad, no hubo concesiones gratuitas de tierras a los franceses, tal como lo deseaba Arango y Parreño. Pero los medios y las posibilidades de adquirirlas les fueron particularmente accesibles. Al respecto, deberíamos plantear aquí una cronología y una sociología completas de la ocupación del espacio rural de la región de Santiago de Cuba por parte de los refugiados de Saint-Domingue. No obstante, centraremos nuestras observaciones en casos-tipo y en los rasgos más destacables de la operación para apreciar mejor la propia geografía de esta implantación francesa alrededor de Santiago y sus tierras del interior.

Al parecer, para establecerse en las zonas rurales, los refugiados franceses no tuvieron que vencer grandes obstáculos y en este sentido pudieron contar con la ayuda determinante del gobernador Kindelán.¹³ Por lo demás, conviene recordar que el precio de las tierras, tal como se practicaba sobre todo en la región oriental, no era en modo alguno excesivo para un hacendado de Saint-Domingue, sino todo lo contrario. Louis de Bellegarde, portavoz de un grupo de colonos refugiados, podía vanagloriarse en 1806 de “hacer obtener desde este momento la cantidad de tierras que se quiera por 4 o 5 pesos gordos el “caró” o por 50 pesos gordos la caballería, mientras que en Saint-Domingue, las tierras aptas para el azúcar valían 1,200 pesos gordos el “caró” y las tierras aptas para el café, 600 pesos gordos el “caró”.¹⁴

Por lo que respecta a la forma de pago, siempre será en condiciones ventajosas: los colonos franceses se beneficiaron del procedimiento que se había generalizado en toda la isla, a saber, la “venta a censo”, o venta a plazos. A fin de

¹² *Obras de Francisco de Arango y Parreño*, La Habana, 1952, pp. 382-383.

¹³ Elisa Tamames, “Antecedentes históricos de las tumbas francesas”, *Actas de folklore*, año 1, núm. 5, La Habana, septiembre 1961, p. 11.

¹⁴ El “caró” o carreau representaba 1.43 hectáreas, la caballería 13.43 hectáreas.

cuentas, numerosos propietarios avisados recurrieron incluso, en función de las demandas, a una sabia dosificación de ventas a plazos y de alquileres de sus tierras, que les aseguraron en ambos casos sustanciosas rentas.

Más allá de las ventas individuales de particular a particular en forma de lotes, la adquisición de ciertas grandes propiedades indivisas dio lugar a asociaciones entre colonos franceses e incluso a veces entre franceses e hispano-cubanos. Y aún existió otra modalidad singular, la de los contratos de explotaciones agrícolas, que unieron entonces a propietarios hispano-cubanos y colonos franceses.

En resumidas cuentas, por diferentes procedimientos se llegó a una forma de ocupación casi anárquica de las tierras alrededor de la ciudad de Santiago de Cuba, fruto de especulaciones de toda clase entre hispano-cubanos y franceses.

Hubo, no obstante, contadas excepciones que incidieron notablemente en el proceso de transformación del espacio rural santiaguero. Se trata en primer lugar de una operación de envergadura de parcelación de tierras que se atribuye a un emprendedor hombre de negocios, el famoso Casamayor —Don Prudencio Casamayor— nativo de Sauveterre, en el Bajo Pirineo (1763). Fue en su juventud hacendado en Saint-Domingue, emigró a Baracoa desde 1797 y se instaló luego en Santiago en 1800. Se sabe que en 1802 compró a la vez a la “Real Hacienda” las tierras “realengas” de los alrededores de Cobre, en Sierra Maestra, algunas grandes parcelas de las del Hato Barajaguas, así como importantes lotes de tierras pertenecientes a particulares, en Hongosolongo y Dos Palmas, situadas todas ellas al oeste y al norte de Santiago de Cuba.¹⁵

Antes de 1803, sus adquisiciones se extienden igualmente al este de la ciudad, en el macizo de la Gran Piedra, en su ladera norte, entre el mar y el río Baconao. En total, se trata de 2,500 caballerías, nos dice J. Pérez de la Riva, es decir 33,575 hectáreas, compradas al precio de 25,000 pesos que reparte en lotes de 10 caballerías y que puede vender a plazos o al contado a sus compatriotas de Saint-Domingue, a razón de 250 pesos el lote. Pueden imaginarse los beneficios que Don Prudencio consiguió con el negocio.¹⁶

Según un documento del Fondo “Mapas y Planos” del Archivo General de Indias, relativo a las propiedades que había adquirido en el macizo de la Gran Piedra, se sabe que Casamayor, no contento con otorgar a sus compatriotas facilidades de pago, les facilitó el trazado de varios caminos en plena sierra y les proporcionó igualmente la mano de obra esclava que tanto necesitaban en sus comienzos. Reproducimos dicho documento a continuación.¹⁷

¹⁵ Francisco Pérez de la Riva, *El café, op. cit.* p. 27.

¹⁶ Juan Pérez de la Riva, “La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto”, en *El Barracón y otros ensayos*, La Habana, 1975, p. 387.

¹⁷ Archivo General de Indias - Mapas y planos, Santo Domingo 811: Plan de los varios terrenos comprados por Dn. Prudencio Casamayor con el objeto de proporcionar su cultivo en café subdivi-

Por otra parte, más allá de Santiago, al este de la Sierra llamada de la Gran Piedra, cabe señalar una importante avanzada de los pioneros franceses más atrevidos, que les llevó hasta los alrededores de la bahía de Guantánamo. Se sabe, en efecto, que en esta región una sociedad de colonos franceses adquirió un inmenso hato llamado Santa Catalina, propiedad de Don Manuel Justiz, el 14 de noviembre de 1803, por el importe de 11,000 pesos: también aparece aquí Casamayor, en calidad de apoderado de diez socios suyos.¹⁸ Este primer núcleo de pioneros atrae muy pronto a otros. Es así como uno de los co-propietarios, Jean Despaignes, hará venir de Santiago, en 1804-1805, a tres refugiados más a título de accionistas, entre ellos este Louis de Bellegarde de quien ya hemos explicado el cometido y que a su vez pretende interesar a otros socios capitalistas en el asunto.

En resumen, durante los primeros diez años del siglo XIX aparece, en una extensión de aproximadamente 1,000 kilómetros cuadrados en las alturas que dominan la ciudad, un verdadero cinturón de plantaciones francesas, repartidas en tres grandes zonas: al oeste en plena Sierra Maestra, alrededor de la cuenca superior del río Cauto, al norte en Sierra Boniato, al este alrededor del río Baconao, en plena sierra llamada de la Gran Piedra. Más allá de este cinturón aparecen ya las primeras plantaciones ubicadas en el nordeste de la bahía de Guantánamo en la parroquia de Tiguabos, estrechamente conectadas con los cafetales de Santiago. De esta presencia francesa en la indicada zona da cuenta el mapa esquema en la página siguiente..

Si en el año 1805 algunos colonos franceses de la zona de Santiago —una buena treintena— se hallan todavía en la fase de primera ocupación de un suelo en el que solamente han podido establecer huertas —cuya importancia no podemos desdeñar—¹⁹ los demás (la mayoría, casi doscientos colonos), poseen o explotan plantaciones de café de buen rendimiento.

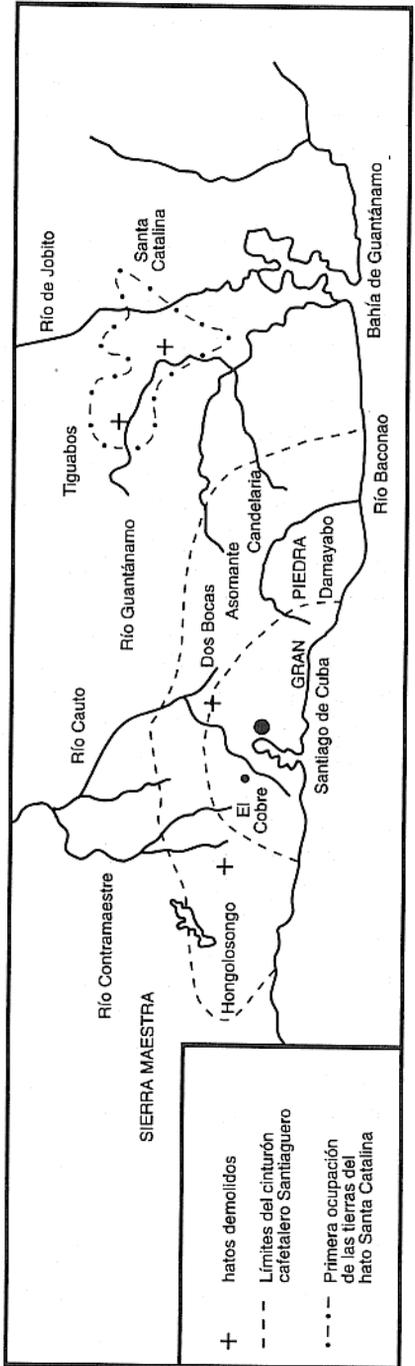
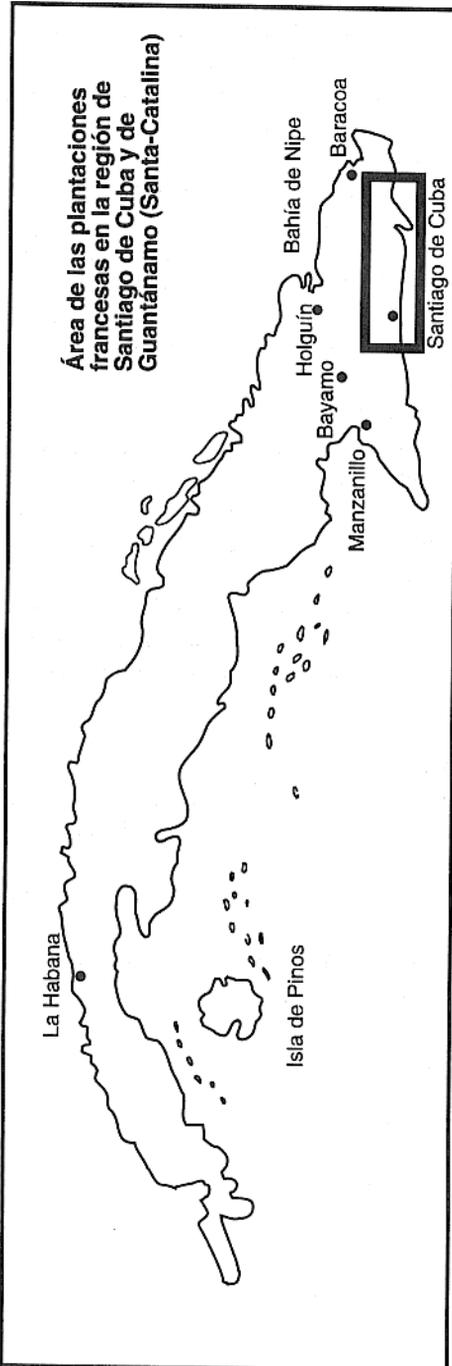
Sea lo que fuere, en este espacio rural remodelado en parte alrededor de Santiago de Cuba y en su región circundante, se establece entre la economía tradicional agropecuaria y la nueva economía de plantación, una cabal complementariedad y una franca interdependencia favorables al aumento del valor y al poblamiento de esta zona.

Es así como los cafetales franceses que se establecen, transformando además considerablemente el paisaje, deben considerarse como una zona intermediaria entre la ciudad y el campo, como un lazo de unión entre ambos.

diéndolos según lo demuestra el plan para venderlos a plazos facilitando la abertura de sus caminos y acomodando los compradores con negros esclavos.

¹⁸ A.N.C. Realengo, leg. 74, núm. 6. Diligencias promovidas por M. Juan Savon, condueño del hato titulado Santa Catalina.

¹⁹ A.N.C. Asuntos Políticos, Leg. 210, núm. 12 et núm. 38.



2- Los cafetales franceses como lazo de unión entre ciudad y campo.

A la vez que constituyeron unidades de producción y residencias privilegiadas de los colonos franceses, los cafetales llegarán a ser el punto de convergencia de dos flujos, económico el primero, sociocultural el segundo: uno, del campo hacia la ciudad, el otro, de la ciudad hacia el campo.

Conocemos el número de estas plantaciones francesas y el nombre de sus propietarios por los estados de los cafetales que se conservan para 1807 y 1809. El estado más conocido es el de 1807, el Estado General de las plantaciones de café de la Jurisdicción de Cuba, establecido por el Gobernador del Departamento oriental, Don Sebastián Kindelán. Según este documento extremadamente detallado, había entonces en la gran región de Santiago de Cuba tal como la hemos definido más arriba:

—192 propietarios, que en 1807, poseían 1676 esclavos y explotaban 4,327 matas de café.²⁰ A saber:

Partido	Habitantes	Peones	Plantaciones por 1,000 matas
Dos Bocas	49	368	1148
Güira	26	99	295
Guaninicu	15	179	538
Candelaria	19	257	652
Sierra Maestra	11	90	66
Limonos	9	217	568
Sacatecas	10	63	146
Cauto y Seca	34	152	368
Tiguabos	11	90	252
Sueltos	8	161	294

Según documentos posteriores (en los años 1808-1809) que hemos podido consultar, existían todavía otras plantaciones de café que habían escapado a las informaciones del Gobernador, o sea: 21 plantaciones, con 252 esclavos, que explotaban 61,2000 matas de café en lugares más aislados.²¹

Tal como destacaba el gobernador Kindelán en sus "observaciones", la progresión de los establecimientos de café había sido sorprendente entre 1803, año de su establecimiento, y 1807. En 1803, solamente había 8 cafetales en toda la zona (concentrados en el distrito de Dos Bocas). En 1804, habían sido estable-

²⁰ A.N.C. Real Consulado, leg. 92, núm. 3929: "Estado General de las plantaciones de café de la Jurisdicción de Cuba, en este año de 1807".

²¹ cf. A. Yacou, *l'émigration...op. cit.* p. 327.

cidos 56 y se habían plantado más de 500 matas de café. Así, de 1803 a 1807, se había pasado de 108,000 matas de café a 4,327,000

Este resultado asombroso en pocos años era en realidad el fruto de la labor pertinaz de los esclavos, por lo demás poco numerosos, a los que los hacendados franceses explotaban de forma más sensible que sus homólogos hispanos: al emplear 1676 esclavos para la explotación de 4,327,000 matas de café —o sea, un promedio de 1 esclavo por unas 2,500 matas de café— aquellos estaban muy lejos de la norma de 1 esclavo por 1,000 matas preconizada en 1796 por un experto, Don Pablo Boloix, comisionado por el Real Consulado de La Habana para inspeccionar las primeras plantaciones de café instaladas por los refugiados franceses en la región occidental.²² Hubo casos del todo absurdos, según aparece en los estados de 1808-1809:

—1 esclavo por 3,100 matas en la propiedad de Mr. Delille.

—1 esclavo por 3,500 matas en la de Mr. Cone.²³

A pesar de la evidente falta de mano de obra que traducían estas cifras, en el momento de las cosechas la producción era elevada. El gobernador Kindelán estimaba que iba a pasar de 10,000 a 40,000 quintales de 1807 a 1810.²⁴ En todo caso, bajo el impulso de los hacendados franceses, la producción de café del departamento oriental había alcanzado en 1807 a la del azúcar, estancada desde comienzos de siglo.

No resulta inútil recordar aquí que, para recolectar el café, tratarlo y transportar la mercancía a la ciudad, los hacendados franceses adecuaron una red extremadamente densa de carreteras, senderos y caminos —“chemins de colline”, “chemins à tour” y “chemins à la file”— que unían las plantaciones de café entre ellas y Santiago de Cuba a la zona montañosa que la rodeaba.²⁵

El aumento de la producción de café iba a tener importantes repercusiones en la región, la ciudad y el puerto de Santiago. Resultaría de ello, tal como lo esperaba el gobernador Kindelán, un mejor equilibrio de la balanza comercial, ya que la producción de café debía atraer a los barcos norteamericanos que comerciaban con la próxima Jamaica y donde únicamente adquirirían ron. El café se convertía pues de forma incontestable en la nueva riqueza, la que debía sacar a Santiago de Cuba de su lento estancamiento: de la actividad de cafetales franceses dependía

²² A.N.C. Real Consulado, leg. 92, núm. 3929: “Acuerdo Junta de Gobierno del Consulado del 27 de abril de 1796”.

²³ Véase nota 20, supra.

²⁴ *Id.*

²⁵ Acerca de estos caminos, J. Pérez de la Riva, *La implantación, op. cit.*, pp. 402-405 y F. Boytel-Jambu, *Restauración de un cafetal de los colonos franceses en la Sierra Maestra*, La Habana, 1962. pp. 24-25.

a partir de entonces la prosperidad de la región, la extensión de su comercio y la felicidad de sus poblaciones.²⁶

Desde el punto de vista socio-cultural, otro lazo de unión iba a establecerse entre la ciudad y el campo, gracias a las plantaciones de café. Al respecto hay que señalar que los famosos "chemins de collines" —300 kms en total— que unían a Santiago con las colinas de los alrededores, y por los que podían circular tanto las carretas repletas de café en grano como los carruajes de particulares —"quitrines" y "volantas"— desembocaban a diestra y siniestra en grandes avenidas bordeadas a veces de palmeras reales, y que conducían a la "Grand Case", vivienda de los plantadores.

Lo cierto es que, en los comienzos, las "Grand' Cases" de los cafetales franceses de los alrededores de Santiago de Cuba eran solamente feos edificios, propios de pioneros. Más atención se dedicaba a las faenas agrícolas, a la edificación de los secaderos, estanques o molinos y a la construcción de caminos. Pero muy pronto el interior de la casa adquirió importancia, y también se manifestó una cierta sensibilidad hacia el aspecto exterior de la vivienda. Aparece aquí el resultado de todo un proceso cultural que se había iniciado en la propia Saint-Domingue, a mediados del siglo XVIII.²⁷ Pasados los primeros momentos difíciles de la instalación y, en todo caso, tras la tormenta de los años 1808-1810 que vio a muchos de ellos abandonar precipitadamente sus bienes, con o sin esperanza de retorno,²⁸ los hacendados franceses a los que se unieron, a partir de 1814-1815, numerosos de sus compatriotas venidos de Francia, consideraban que sus hogares debían constituir una especie de espejo del buen gusto, así como lugares representativos de una cultura refinada.

Así, en pleno campo, la "grand'case", vivienda de los cafetales franceses, iba a convertirse en un polo de atracción importante para la sociedad santiaguera. Desde el punto de vista arquitectónico, se registra su influencia creciente en la casa de los hacendados hispano-cubanos, la casa de vivienda de los plantadores de café y de azúcar en toda la isla.²⁹ Los inventarios que han sido conservados nos muestran que incluso en plantaciones de café modestas como la de las hermanas Brun, por ejemplo, las dimensiones de la casa principal, edificada antes de 1810, eran ya importantes, una casa de piedra y madera de calidad, en este caso de cedro.³⁰ Otras, de las que la historia ha conservado el nombre, "Prosperité", "Fortunée", "Providence", "Sidonie", son antes de la mitad del siglo

²⁶ Véase nota 20, supra.

²⁷ G. Debien, "Les Grand' Cases des Plantations à Saint-Domingue aux XVIIème et XVIIIème siècles", in *Notes d'Histoire Coloniale*, no. 128, *Annales des Antilles*, p. 19.

²⁸ A. Yacou, "l'expulsion des Français de Saint-Domingue réfugiés dans la région orientale de l'île de Cuba", *Caravelle*, no. 39, 1982.

²⁹ F. Pérez de la Riva, *La habitación rural en Cuba*, La Habana, 1952, pp. 79-99.

³⁰ Archivo Histórico Regional, Santiago de Cuba, Embargo-Juzgado, Año de 1810, núm. 29.

opulentas mansiones campestres que E. Buch López no duda en definir como otros tantos "espléndidos paraísos tropicales". Así es como E. Montouliou, F. Boytel Jambu y J. Pérez de la Riva, al recorrer las extensiones montañosas que dominan la ciudad de Santiago de Cuba, comprobaron en su tiempo la existencia de cafetales a los que calificaron a menudo de "residencias suntuosas" o "grandiosas", a juzgar por sus ruinas majestuosas rodeadas de jardines de estilo italiano, en ciertos casos.³¹

Es decir que, con la instalación de los colonos franceses en la zona rural se inaugura entonces en Cuba una tradición, la del cafetal concebido como un jardín, y como una residencia secundaria para gentes afortunadas, lejos del tumulto de las ciudades o del estrépito de los ingenios de azúcar: se trata de la "casa de recreo" o de la casa de reposo, ensalzada por escritores de renombre del siglo pasado, tal como Cirilo Villaverde, autor de la inmortal *Cecilia Valdés* y a mayor abundamiento los viajeros europeos y norteamericanos que coincidieron en encomiar las delicias que ofrecía la "vida retirada" en los cafetales franceses.

En tales condiciones, y si se tiene en cuenta las célebres *Crónicas* de Bacardí, la plantación de café francesa en la que se perpetua la moda de los salones del siglo XVIII, será muy pronto el lugar de cita de los miembros de la alta sociedad santiaguera, y el lugar privilegiado del comercio de las ideas y de los entretenimientos literarios bajo el patrocinio del propietario o de su esposa, cuya amabilidad exquisita, liberalidad u hospitalidad fastuosa asegurarán el renombre de la casa.³²

Conclusión

El ingente desarrollo de la economía de plantación que indujo el auge de los cafetales fomentados por los refugiados franceses de Saint-Domingue no determinó cambios de magnitud en la tenencia de la tierra en el Oriente cubano. Obvio es decir que desde un punto de vista cuantitativo el impacto francés en el agro no fue tan imponente aquí como en la región occidental donde vino a reforzar en buena parte el proceso ya vigente de demolición de hatos y a mayor razón el consecuente arrinconamiento de los pequeños campesinos, cuando no de su incipiente "proletarización" dentro de los moldes de la manufactura azucarera, según lo que de ello dejaron sentado historiadores tan autorizados como Julio le Riverend y Manuel Moreno Friginals.

Por lo demás, si se exceptúa la avanzada de los pioneros franceses hacia la bahía de Guantánamo, el área cafetalera no pasó del indicado cinturón santia-

³¹ E. Buch López, *Historia de Santiago de Cuba*, La Habana, 1942, p. 58; E. Montouliou, "Influencia de la cultura francesa en la provincia oriental de Cuba en los siglos XVIII y XIX, en *Revista de la Sociedad Geográfica de Cuba*, La Habana, 1932, núm. 1,2,3, J. Pérez de la Riva, "Implantación...", *op. cit.* pp. 397-398; F. Boytel Jambu, *op. cit.* pp. 12-13.

³² E. Bacardí y Moreau, *Crónicas de Santiago de Cuba*, Santiago 1925.

guero. Por lo mismo, la brillante "civilización del café" que, en aquel entonces, dio esplendor y fama a la presencia francesa, no incidió de manera alguna en las jurisdicciones colindantes de Bayamo y Holguín al oeste y norte de Santiago de Cuba. Prueba de todo ello son los informes de los militares que han sido conservados, quienes en son de guerra inspeccionaron la Sierra Maestra al mediar el siglo XIX. Uno de ellos, redactado por el Capitán Gurrea nos revela cómo en parajes cercanos al cinturón cafetalero francés la gente seguía viviendo en la mayor indigencia material y espiritual. Es más, lamentando su impericia, el mencionado capitán apunta que, al contrario de los franceses que, como se sabe residían cómodamente en sus cafetales, los propietarios nativos nunca visitaban sus haciendas "contentándose con la cría de ganado y algún fustete que se extrae de la tierra"...³³

En último lugar cabe recalcar cómo, siendo polo de atracción para los miembros de la élite urbana, la plantación de café francesa fue objeto de un fenómeno de rechazo en el sector rural santiaguero.

Antes del establecimiento de las plantaciones de café, el espacio rural que más tarde ocuparon de forma repentina era el reino de bandas de negros cimarrones o de esclavos fugitivos, que constituían sin lugar a dudas un campesinado negro, verdadera colonización paralela al margen de la oficial y genuino producto de la secular rebeldía de los esclavos de las minas de Santiago del Prado del Cobre.³⁴ Pero no hay que imaginar durante esta época una guerra sin cuartel entre los palenques de negros cimarrones y los hatos de cría de ganado. Al contrario, no sería arriesgado adelantar que ha habido más que una coexistencia entre los dos sistemas opuestos de ocupación del espacio rural, y una red insondable de complicidades.

El equilibrio se destruye con la aparición de las primeras plantaciones francesas que eliminaron el tupido bosque en los alrededores de la ciudad de Santiago de Cuba, como ya hemos visto. La explotación intensiva de los esclavos de estas plantaciones debió ser un factor de tensiones considerables, aunque no nos sea señalada en ellas revuelta alguna durante la primera década del siglo XIX. Muy pronto, se establece cierta solidaridad entre los cimarrones y los esclavos de las plantaciones; el palenque, que el sociólogo haitiano Jean Casimir ha definido como "contra-plantación", ejerce una seducción cierta sobre los esclavos "bozales" en particular, así como en los negros criollos fugitivos, algunos de los cuales serán muy pronto capitanes incontestables de palenques.

De hecho, el avance de los pioneros franceses en todas las sierras de la región oriental en torno a Santiago favoreció la emergencia de palenques considerables

³³ A.N.C. Asuntos políticos, leg. 49 núm. 38. *Itinerario descriptivo y diario de operaciones de la columna del oeste mandada por el Capitán de Caballería Dn Santiago Gurrea.* (1842)

³⁴ José Luciano Franco, *Las Minas de Santiago del Prado y la rebelión de los obreros (1530-1800)*, La Habana, 1975, pp. 128-131.

como el célebre *El Frijol*, cuya población ascendió a unas 300 personas.³⁵ Tal incremento de la cimarronada no se explica sino por la huida numerosa de esclavos de los cafetales franceses y en especial, durante los primeros tiempos aquellos que habían sido traídos de la misma Saint-Domingue.³⁶

Desde 1814, tras algunas escaramuzas, las bandas de cimarrones pasaron a atacar las plantaciones situadas al norte de Santiago. La propia ciudad no estuvo lejos de ser asediada.³⁷ El momento era grave. Se adoptaron entonces medidas de excepción. Incluso si al cabo de un año las fuerzas mixtas (tropas regulares y brigadas de "rancheadores") llegan a deshacer el cerco llevando la guerra hasta los palenques más aislados, incluso si el famoso *El Frijol* es destruido en 1815, debe señalarse como última observación que se inaugura desde entonces una era de violencia que, hasta la guerra de los Diez Años, transforma los cafetales y los ingenios de azúcar en una especie de frontera entre la ciudad, símbolo de dominación española, y el espacio rural residual, la manigua, zona de refugio y símbolo de la rebelión social y nacional.

³⁵ Acerca de este gran palenque, J.L. Franco, *Los palenques de los negros cimarrones*, La Habana, 1973, pp. 102-104; Danger Roll, *Los cimarrones de El Frijol*, Santiago de Cuba, 1977, *passim*.

³⁶ A. YACOU, "Esclaves et libres français à Cuba au lendemain de la Révolution de Saint-Domingue", in *Jahrbuch für geschichte von staat, wirtschaft und gesellschaft: latein Amerikas*, band 28, Böhlau Verlag Köln Weimar Wien, 1991, pp. 163-197.

³⁷ Acerca de esta larga guerra de cimarrones que comienza en 1814-1815, vea nuestro propio estudio, A. Yacou, *Le problème noir à Cuba et son expression dans la littérature dans la première moitié du XIX^e siècle*, Tesis de Doctorado de Estado, Letras y Ciencias Humanas, Bordeaux, 1981, 3 tomos, (vea tomo 2, la guerre des Marrons).

ABSTRACT

Alain Yacou examines the settlements of French landowners (refugees from Saint-Domingue, Haiti) in the rural space surrounding the city of Santiago, Cuba; in the years from 1790 to 1815. These coffee-farming landowners transformed the half-abandoned rural spaces into prosperous plantations, traversed by roads for the carting of the coffee crops. Intensive exploitation of slave labor produced two important phenomena: The excessive profits to the French Landowners; and the rebelliousness of the slaves, transformed into "*cimarronaje*". As opposed to the Spanish settlements, the country land (with its "*grand' case*" or rural mansion) became the focus of cultural and economic activity; including the urban high society. However, this world will be rejected by the rural sector from Santiago.

The activity of the French *colonos* did not significantly alter the pattern of land ownership in the *Oriente* (East) province of Cuba; which is the opposite of what transpired in the western part of the island. However, the *cimarrón* population grew and settled in "*palenques*" such as "*El Frijol*". From these, in alliance with other rebel groups, they began a series of attacks upon the plantations; threatened the city; and brought on the social violence that would reach into the "Ten Years War" (1868-1878).

(Traducción:
Jeramfel Cordero Fernández)